

del padre Olmedo y de los intérpretes Aguilar y Marina, volvió á explicarles los bienes que á la sociedad y al individuo resultan de la práctica de la doctrina del Crucificado, y les amonestó á que abandonasen sus ídolos y dejasen de manchar los altares con la sangre de sus hermanos. La contestacion del cacique fué la misma que la vez primera habia dado; esto es, que en todo, menos aquel punto, estaba dispuesto á obsequiarle; que sus dioses eran buenos, y que los defenderian contra cualquiera que intentase ultrajarlos.

Cortés manda derribar los ídolos del templo de Cempoala. Conflicto que esto provoca. La respuesta del cacique exaltó el celo religioso de Hernán Cortés. Creyó que ante el deber de cristiano, debía enmudecer la conveniencia política, y dejándose llevar del vivo entusiasmo de su fé, despidió al cacique y á sus nobles, diciéndoles con acento severo que estaba resuelto á derribar las funestas divinidades que adoraban, y á no tolerar por mas tiempo los ritos bárbaros de su inicua religion. El señor de Cempoala y los nobles y sacerdotes que le acompañaban se marcharon resueltos á defender sus templos, pero sin pronunciar una palabra. Cortés, dominado por el ardor cristiano, que en él era vehementísimo, y horrorizado con la vista frecuente de los horribles sacrificios, se dirigió á sus oficiales y soldados diciéndoles: «que era imposible que se diese feliz cima á la gloriosa empresa que habian acometido, si no se volvía por la honra de Dios, haciendo cesar los inhumanos actos que diariamente cometian sus aliados para honrar á sus ídolos; que se preparasen para combatir contra los que se opusieran al derribo de las abominables esculturas, aunque perdiesen la

vida, pues él, por su parte, estaba resuelto á morir ó á arrojar del templo, en aquel mismo dia, á los infernales ídolos».

Los soldados acogieron con entusiasmo las palabras de su general, y pocos momentos despues marchaban, con Hernán Cortés á la cabeza, hacia el templo mayor, que se hallaba en el sitio principal de la plaza.

El cacique, resuelto á defender sus ídolos, habia ordenado á sus capitanes que acudiesen con todos los guerreros que tuvieran, y las elevadas torres del teocalli se vieron coronadas de indios, en los momentos que los españoles colocaron el pié en el primer escalon para subir al templo.

Los hombres á quienes poco antes les habia unido la política, se disponia á separarles la distinta religion que profesaban.

Los sacerdotes idólatras, vestidos con sus negras túnicas de algodón, y salpicadas de sangre las largas trenzas de su espeso cabello, daban frenéticas voces, excitando el ardor de sus guerreros para luchar contra los enemigos de sus dioses, mientras los instrumentos bélicos, dejando oír sus destemplados sonidos, anunciaban el momento del combate.

Cuando iba á dar principio la lucha, se presentó á Cortés el cacique rodeado de la nobleza, diciéndole que no llevase adelante su intento, porque se veria obligado á luchar contra los hombres á quienes verdaderamente apreciaba. El jefe español, por medio de Marina y de Aguilar, les hizo saber que su resolucion era irrevocable; que respecto á la amistad, no podian ser sus amigos sino sus enemigos mortales quienes despreciaban los sa-

ludables consejos que les habia dado; que la lucha seria terrible; pero que perecerian al filo de la espada los que se opusieran á su paso; y por último, que lejos de ser sus protectores contra el poder de Moctezuma, les dejarian abandonados, pues no podian ser aliados de los que no respetaban la voluntad del monarca de España, de quien se declararon vasallos».

Estas últimas palabras, dichas por Marina de una manera marcada, acompañadas de algunos consejos que su claro talento le sugirió, hicieron una profunda impresion en el ánimo del cacique y de los que le acompañaban, que desarmó su enojo. La idea de que sin los españoles serian derrotados y reducidos á la esclavitud por los aguerridos ejércitos de Moctezuma, les hizo cambiar de resolucion. Conociendo la necesidad del apoyo de los extranjeros huéspedes, y no queriendo al mismo tiempo faltar á la veneracion que consagraban á sus ídolos, creyeron encontrar un medio que lo conciliaba todo. Dijeron á Cortés que ellos no podian ser los que cometiesen desacato ninguno con las divinidades que adoraban; que si los españoles deseaban ver derribados de los altares del *teocalli* los ídolos, fuesen ellos los que cometieran la ofensa, para que no recayese el castigo sobre los que no tomaban parte en el acto ofensivo á los dioses. Cortés, aprovechando la oportunidad, mandó subir inmediatamente cincuenta soldados, y pocos instantes despues, los colosales ídolos bajaban hechos pedazos y rodando por las gradas de la pirámide entre los aplausos de los cristianos y el terror y espanto de la poblacion entera.

Los caciques, los sacerdotes y los nobles, al ver despe-

dazadas sus divinidades, se cubrieron los ojos con ambas manos, lanzaban lastimeros ayes de dolor, y virtiendo un torrente de lágrimas, pedian á sus dioses perdon de aquel hecho de que ellos no eran culpables.

Pero no todos se entregaron al llanto y al dolor. Los capitanes indios, que con numerosas fuerzas se habian colocado á poca distancia del templo, se presentaron con sus guerreros, blandiendo las armas, marchando hácia los españoles. Cortés, para evitar la efusion de sangre, mandó prender al cacique, á varios nobles y á seis sacerdotes que estaban á su lado, amenazándoles con la muerte si se llegaba á disparar sobre sus soldados una sola flecha. La amenaza surtió el efecto deseado. El cacique habló á sus guerreros ordenándoles que dejaran toda actitud hostil. El mandato fué obedecido, y la buena armonía volvió á reinar entre los habitantes de Cempoala y los castellanos.

La obra de la destruccion de las monstruosas estatuas, cuyas formas y facciones fantásticas tenian un significado simbólico que no podia ser comprendido sino por los que las habian adorado, terminó reduciéndolas á cenizas en una hoguera, en presencia de la multitud que permanecia asombrada.

El resultado producido en Cempoala con la derrocacion de los ídolos, fué el mismo que se notó en Cozumel. Los totonacos, viendo que los dioses que habian adorado eran impotentes para castigar á los hombres que acababan de destruirles, juzgaron á éstos defendidos por una Divinidad muy superior á las que habian venerado hasta entonces, y se sintieron inclinados á aceptarla.

Hernan Cortés, viendo restablecida la tranquilidad y

dejar al ejército totonaco su actitud hostil, se manifestó muy afectuoso con el cacique, los nobles y los sacerdotes; les dijo que le habian dado una prueba de verdadera amistad no oponiéndose á un acto verdaderamente humanitario, y que, por lo mismo, tenia el gusto de asegurarles que les defenderia contra el poder de Moctezuma, á quien ya habia pedido que no les cobrase tributo ninguno. Luego, refiriéndoles los bienes que les resultaria de abrazar la nueva religion, les hizo ver que era indispensable limpiar los altares ocupados antes por los sangrientos ídolos, para colocar en ellos la imagen de la Virgen y el signo de la redencion. El razonamiento de Cortés fué escuchado ya con profunda atencion por los señores y sacerdotes, viendo que la cólera de los dioses habia quedado enmudecida. Cortés añadió, al verles dispuestos á abrazar el catolicismo, que en lo sucesivo tuviesen por intercesora á Nuestra Señora, no adorando mas que un solo Dios todo bondad y amor; que no volviesen á derramar sangre humana en los templos, y que enviasen el número suficiente de indios para limpiar el templo de las manchas de sangre, blanquear los altares, y dejar todo dispuesto para el culto cristiano.

Los deseos del jefe español fueron obsequiados inmediatamente. El cacique envió entendidos albañiles y carpinteros para hacer las obras necesarias, mientras por su parte los españoles construian una hermosa cruz que debia ocupar el sitio mismo que habia ocupado el funesto nùmen de la guerra.

A los pocos días, los altares del templo, las paredes y el pavimento, antes manchados de sangre, resplandecian de

blancura. El aspecto que presentaba, era alegre y risueño, tanto como imponente y sombrío habia sido anteriormente.

Al siguiente dia de haberse terminado las obras, se dispuso celebrar una misa en accion de gracias al Todopoderoso. Sobre el altar principal, cubierto con un finísimo y blanco lienzo, colocaron la imagen de la Virgen, adornada de aromáticas y vistosas flores. Preciosas velas de cera, hechas por los soldados españoles, derramaban su limpia luz por los ámbitos del templo, y suaves nubes de grato incienso se elevaban dulcemente hácia la bóveda, saturando la atmósfera de un agradable perfume. La misa fué celebrada por el padre Fr. Bartolomé de Olmedo, cuya venerable presencia y noble fisonomía inspiraban respeto y veneracion. El cacique de Cempoala, acompañado de otros varios de diversas ciudades y de la nobleza, asistieron á la ceremonia. El recogimiento de Hernán Cortés y de sus soldados, puestos de rodillas y orando fervorosamente; los modales suaves y dignos del sacerdote cristiano que con clara y sonora voz pronunciaba las palabras conmovedoras del acto mas sublime de la religion; el carácter imponente de las ceremonias, y la brillante luz de las blancas velas bañando el apacible rostro de la reina de los ángeles, conmovieron profundamente el corazón de los que por primera vez veian la sublimidad y dulzura de la religion del Crucificado. El llanto corrió por las mejillas del cacique y del pueblo entero totonaco, ante aquel sorprendente espectáculo lleno de unción y de dulzura, en que los hombres que consideraban invencibles se prosternaban humildes delante del signo de la

redencion, fijando su esperanza en la intercesion de la madre del Redentor.

La conversion de los cempoaltecas al catolicismo, aunque no estuviese asentada sobre sólidas bases, pues no habia habido tiempo para darles á conocer profundamente la nueva doctrina, fué de todas maneras un fuerte lazo que estrechaba mas y mas la union de los totonacos con los españoles.

Afianzada poderosamente la alianza entre los cempoaltecas y sus huéspedes, Hernan Cortés se dispuso á marchar á la Villa Rica de la Veracruz donde habia dejado una insignificante guarnicion. La víspera de su salida de la ciudad, se presentó el señor de Cempoala con los demás caciques de los pueblos comarcanos, llevando las ocho jóvenes doncellas que á su vuelta de Cingapacinga le habian ofrecido. A fin de que no las pudiese rehusar, y las diese por mujeres á sus oficiales, quedándose él con su sobrina, habian hecho que se bautizasen. El jefe español, viendo que de aquella manera se creian obligados á guardar constante fidelidad, las recibió, manifestándose agradecido al obsequio, y las repartió entre los capitanes. Luego, mostrándose satisfecho porque habian abandonado los bárbaros ritos de su sangrienta religion, les exhortó á que continuasen en el cristianismo; les suplicó que no descuidasen, ni un solo dia, el aseo y la limpieza de los altares en que se hallaban colocados la Virgen y la cruz; que les encendiesen limpias velas, que los españoles les enseñaron á elaborar, aprovechando la cera de que antes no sabian hacer uso, y que respetasen á un soldado español que iba á dejar de custodia del templo.

El cacique de Cempoala y los que le acompañaban ofrecieron obsequiar cumplidamente las instrucciones recibidas, y Cortés les prometió defenderles contra el poder de Moctezuma, en caso de que tratase de ofenderles ó subyugarles.

Deseando librar de toda profanacion el santuario consagrado al catolicismo, encargó á un soldado muy anciano, llamado Juan de Torres, que se hallaba imposibilitado de poder servir en el ejército, que se quedase cuidando del buen orden del templo. Posponiendo la compañía de sus camaradas y compatriotas á la propagacion del Evangelio, el viejo militar hizo á Dios el sacrificio de sus afectos personales, quedándose entre los extraños nativos del país para promover entre ellos el culto católico. Abnegacion heroica, digna de elogio, pero que generalmente pasa desapercibida, porque no brilla con el colorido deslumbrador de las hazañas militares.

Cortés, al emprender la marcha, abrazó á los caciques totonacos, hermanos ya en armas y religion, recibiendo de ellos las protestas mas expresivas de cariño y de lealtad: